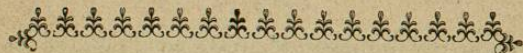


Francia, Mesonero, Larra, Serafin Calderón y otros en España enriquecieron las letras y han perpetuado tradiciones que pueden servir de guías seguras para la historia del progreso intelectual y moral de las sociedades.

Ya usted comprenderá, por lo que llevo escrito, la importancia que doy á sus novelas; y no le hablo de la naturalidad envidiable en el decir, ni de la soltura de sus diálogos, ni de la ternura deliciosa con que desliza su pluma en escenas que quisiera reproducir letra á letra; pero se trata de una carta que tiene de recordarle aquello de—«Señora, vengo á darle razón de la mula.—¿Qué sucedió por fin?—Que no parece.»

El juicio crítico no parece, Pepe; pero en cambio aquí me tiene de cuerpo presente para decirle que le ama y le admira su

GUILLERMO PRIETO.



BAILE Y COCHINO...

CAPITULO PRIMERO

Preparativos del baile y del cochino

SE trata de celebrar el cumpleaños de Matilde, la niña de la casa, y su papá, que la quiere mucho, y además acaba de hacer un negocio gordo, va á echar la casa por el balcón.

Matilde, ante todas cosas, quiere bailar, á pesar de las objeciones de su mamá, una buena señora, muy sencillota

y muy ranchera. Es preciso darle gusto á Matilde y esta idea triunfa de todos los escrúpulos.

— ¡Baile! decía la mamá, ¿cómo vamos á hacer baile cuando casi no tenemos relaciones en México? ¿quiénes vienen á bailar?

— En cuanto á eso, mamá, no te apures, yo convidaré á las Machucas.

— ¿Quiénes son las Machucas?

— Las muchachas de allá enfrente. Ya nos saludamos, y estoy segura de que si las convido en forma, vendrán.

— Yo, por mi parte, agregó el papá, haré por ahí mi colecta de amigos.

— ¿Y de amigas también? preguntó la señora á su marido.

— Mira, en cuanto á amigas, yo no tengo aquí todavía conocimientos; pero creo no faltarán.

— Bueno, pues si ustedes se encargan de la concurrencia, ¿qué vamos á hacer? *haremos baile.*

Nótese que la señora de la casa había

dicho, *haremos baile*, á propósito de lo cual se hace necesaria aquí una digresión.

Son dos cosas enteramente distintas *dar un baile* y *hacer baile*, como son distintas también *dar una comida* ó *hacer comida*.

Da un baile la persona que con cualquier pretexto de solemnidad invita á sus amigos á pasar unas cuantas horas en su compañía. El pretexto es lo de menos, el objeto principal del baile es estrechar los vínculos de amistad y los lazos sociales por medio de la amena distracción que proporciona á sus amigos.

En este caso los amigos son los que se consideran obsequiados y favorecidos, y después de concurrir al baile, en virtud del convite, están obligados á hacer una visita al anfitrión para demostrarle su reconocimiento, y luego para hacer entender que corresponden á la intención social del convite de estrechar y frecuentar las amistades.

En este sentido también se toma dar una comida, dar un té, dar un concierto, etc.

Ahora bien; *hacer baile*, es reunir música, refrescos, luces y gentes para bailar, comer y refrescarse, y santas pascuas.

La señora mamá de Matilde, como se verá, no *da baile*, ni mucho menos; ¡qué había de dar! ni ella estuvo nunca en si es lo mismo dar que hacer, ni si el baile es para obsequiar á otros ó para obsequiarse á sí mismo; de manera que aquello de la concurrencia, que cuando se da un baile es precisamente la parte principal, para doña Bartola, que así se llamaba la mamá de Matilde, era lo de menos.

Ya contaban con que vendrían las Machucas, que eran tres pollas, que por su talla, por lo delgadas de carnes y lo bisbirindas y alegres, debían ser tres bailarinas de primera fuerza.

Contaban, además, con que un amigo

de la casa, encargado de *conseguir parejas*, iba á invitar á una señora que tenía dos hijas. No se sabía qué clase de señora era aquélla; pero en cuanto á las hijas, que era, como quien dice, la infantería de línea, el amigo aquél aseguraba que sabían echar un wals á dos tiempos que daba miedo. Estas chicas, también por su complexión, no había miedo ni de una apoplejía ni de que se desmoronaran en el camino; guardaban, pues, condiciones de *bayaderas*, y por lo tanto había que esperar que fuesen incansables.

—¿Quién es esa señora de las dos hijas? preguntaba el amigo colector de bailarinas.

—Es una señora gorda.

—Ya, pero...

—En cuanto á eso, no tiene más perros que el que se empeñan las gentes en decir que es un poco alegre.

—¡Alegre! exclamó doña Bartola. Entonces mejor, puesto que se trata de

baile. ¡Qué vamos á hacer con gentes estiradas y tristes! Esa señora alegre me conviene. Saldaña, tráigala usted, y le recomiendo que las demás parejas sean también alegres.

Saldaña y el papá se hicieron un guiño.

—Pero oiga usted, Saldaña; ¿qué, no será cosa que?... dijo el papá llevándose á Saldaña á su gabinete.

—No, señor, toda la alegría de esa señora es que la tiene ahora don Gabriel, pero eso es todo.

—¡Ah! ¿conque la tiene?...

—¡Vaya! desde el año pasado; y como ella no coquetea con ciertos pollos, se vengán las malas lenguas corriendo la voz de que es alegre; ¡ya conoce usted lo que son las gentes!

—Bueno, pues ya tenemos á las Machucas, que creo son dos, y á la señora de las dos niñas... ¿Pero la dejará venir don Gabriel?

—Vea usted; viniendo don Gabriel

viene ella; pero para eso no hay que decir nada á la señora de don Gabriel.

—Es cierto.

—De manera que no hay que pensar en don Pancho ni en Riquelme, porque son amigos de la casa.

—Bien, hombre, Saldaña, bien; usted se encarga de todo eso; pero nos falta gente.

—¿Conoce usted á Camacho?

—¡Cómo no!

—Tiene el maldito ahora una muchacha guapísima, y ¡qué bailar de criatura! ¡y qué cintura aquella, y qué pies, y qué!...

—Convide usted á Camacho.

—Ahí tiene usted. Esa es una brillante adquisición, porque es una joven que puede lucir en cualquier parte.

—¡Bravísimo! Bien me decía mi mujer: mira á Saldaña, que conoce á todo México, y él nos llena la sala.

—En cuanto á eso, no tenga usted cuidado. Sólo que no se le olvide á us-

ted tomar en alquiler siquiera otras dos docenas de sillas.

—¿Las alquilarán?

—Sí; yo me encargo de eso.

—Gracias, Saldaña, mil gracias; es usted el hombre de las circunstancias.

—Y á todo esto, ¿qué se les da de beber?

—En cuanto á beber, repitió Saldaña, según la bolsa. Champagne y licores. Eso depende de lo que se dé de comer. Vea usted: se pueden poner carnes frías, gelatinas, pasteles...

—Eso es, me parece muy bien: pasteles, carnes frías y... ¿qué decía usted?

—Gelatinas.

—¿Y esas cómo?

—Se mandan hacer.

—¿Dónde?

—Yo me encargo de eso.

—¡Bueno, hombre, bueno! Porque yo la verdad, soy muy torpe para esas cosas.

—No has contado con la huésped, gritó doña Bartola. No tenemos un trasto, y se van á necesitar muchos vasos, y muchos platos, y muchos..

—Se alquila, dijo Saldaña; todo eso se alquila.

—¿Y cubiertos?

—Se alquilan.

—¿Y manteles?

—Todo lo habrá, señora. Pierda usted cuidado.

A pocos días de que Saldaña había comenzado su reclutamiento, un corrillo de pollos, que salía de los billares de Iturbide, se detenía en la esquina de la calle de Vergara para disolverse.

—Conque hasta mañana, Daniel.

—Hasta mañana, Gustavo.

—Adiós, Perico; mañana te gano, ya verás, dijo otro pollo.

—No, mañana no vengo.

—¿Por qué?

—Tengo bodorrio.

—¿Dónde? preguntó Daniel.

—Todavía no sé la calle, me lleva Gutiérrez.

—¿De qué se trata? preguntó Gustavo.

—De que éste tiene baile y no convida.

—Si quieres, vamos, dijo Perico, un convidado convida á cien.

—¿Adónde es el baile?

—Dice Perico que todavía no sabe la calle.

—Por no convidarnos.

—Pues ahora te...

Los pollos tienen verbos que no se traducen.

—Vamos á sitiar á éste desde que se levante.

—No hay necesidad, exclamó Perico; ya está dicho, vamos todos al baile.

—Por supuesto, será baile...

—Nada de eso, un baile muy decente. Van las Machucas.

—Ahora vas á hacernos creer que es necesario ir de frac.

A los pocos días de promovido el baile, el señor de la casa le decía á su señora:

—Bartolita: me parece que el negocio del baile se va formalizando más de lo que yo creía.

—Como que van á venir gentes de mucho tono, y me ha preguntado la mujer del general cuál es el color de nuestros vestidos. Yo le dije lo primero que me vino á las mientes, á reserva de hablarte de esto. Necesitamos vestidos Matilde y yo.

—En cuanto á Matilde, ya estaba decidido; pero respecto á tí, me parece que el último que te hice está muy bueno.

—No; está muy oscuro. Necesito uno más claro y más á la moda, porque yo no quiero que me critiquen.

—Está bien; mañana te proveeré de lo necesario para la compra de los vestidos. El caso es que estén á tiempo.

—No tengas cuidado.

Matilde recibió la buena nueva con una alegría indecible.

Ya hemos dicho que Saldaña era el alma de la fiesta; sin él, no hubieran podido hacer nada ni el señor de la casa, que nunca había entendido de estas cosas, ni mucho menos doña Bartolita, acostumbrada, como ella decía, á hacerlo todo al estilo de su tierra.

Saldaña era efectivamente una persona muy útil, muy servicial, y entendida de todo. Era de esos que saben siempre dónde venden bueno y barato, y sabía qué sastre rinconero sabe hacer unos pantalones como Salín, y qué zapatero hace botines de charol á tres pesos y medio; entendía de alquileres y era amigo viejísimo de los Castañares, de Barrera, el mueblero, y de Zepeda, Gutiérrez y Noriega, vinateros.

—¡Hola, Saldaña! le dijo Don Quintín Gutiérrez, al verlo entrar una mañana á eso de las once; ¿qué le trae á usted por acá?

—Adivínelo usted, don Quintín.

—¡Bah! Como no sea que se ha convenido que nuestro cognac cinco ceros es el mejor de la plaza.

—Vea usted, de eso no me convencerá usted nunca; el de Zepeda vale cien veces más, y es más barato.

—¡Qué va á ser, hombre de Dios! no sabe usted lo que se dice.

—Bueno, don Quintín. No por eso dejaré de ser marchante, y lo que es ahora le traigo á usted una facturita.

—Lo que usted guste, Saldaña. Sabe usted que la casa está á su disposición.

—¡Gracias; pero será por mi dinero!

—¡Quién habla de dinero! Mira, dijo don Quintín á un dependiente, tráele al señor Saldaña una copa del Jerez que abrimos esta mañana.

—¿Legítimo? preguntó Saldaña, con una sonrisa de desconfianza.

—Con decirle á usted que no está de venta. Lo he recibido para mi uso. Vaya, conque de intento no he querido

que lo pruebe el Presidente, porque de seguro me pide el barril.

El dependiente presentó una copita á Saldaña. Éste se echó hacia atrás el sombrero, tomó la copita con sólo dos dedos, abrió hasta donde pudo los poros de su ancha nariz, y aspiró el aire con la fuerza del que pretende cloroformizarse.

Todos se quedaron viendo á Saldaña, quien dirigió á los circunstantes, uno por uno, una mirada elocuente de aprobación y de sorpresa. Olió el vino por segunda vez, y lo cató, sin respirar; en seguida hizo un castañeteo particular con la lengua y el paladar; volvió á oler y volvió á gustar, y después de cerrar los ojos exclamó:

— ¡Don Quintín! ¡hombre, don Quintín!...

— ¿Qué tal, Saldaña, qué tal?

— ¡Don Quintín! ¡hombre, don Quintín!

— Pero bien, díganos usted su opinión.

— ¡Don Quintín! ¡don Quintín! repitió enseñando su copa vacía y alargando el brazo en ademán de pedir más.

El dependiente, después de cambiar una mirada de dependiente con don Quintín, llenó la copa.

— Será lo que usted quiera, don Quintín, pero ó me vende usted un par de botellas de este Jerez, ó rompemos nuestras amistades. ¡Habrás visto! ¡darle á uno néctar, y salirle con que no está de venta! Como si uno viniera aquí á echar la gorra. ¡Un par de botellas, don Quintín!

— ¿Son para usted?

— Sí, son para mi uso particular. Yo sé que no á todos se les puede dar estos caldos.

— Convenido, dijo don Quintín, y válgale á usted ser un concedor tan competente.

— Gracias, dijo Saldaña arrebatando un *vol-au-vent* de ostiones, que engulló en dos bocados.

—Vamos á la factura, don Quintín.

Éste abrió un libro, y puso el tintero sobre el mostrador. Los dependientes y algunos otros parroquianos que estaban presentes, dejaron de fijar su atención en Saldaña, quien bajando la voz dijo á don Quintín, *tête à tête*.

—Se trata de... ya sabe usted, el marido de Bartolita va á dar un baile, y yo soy el comisionado de los licores.

—¿Es tomador? le preguntó don Quintín.

—¡Quite usted allá! ¡qué tomador! ¿Se acuerda usted del Chateau Lerouse del otro día?

—Sí.

—Le pareció detestable. Es de estas gentes que se enriquecen de la noche á la mañana, y creen que eso les basta para conocer los caldos y para saber beber. Eso sí, él pretende ser muy garboso y le gusta lo caro.

—Bueno, pues le pondremos una facturita...



—Bueno, pues le pondremos una facturita...

—Sí; yo diré á usted cómo la combinamos de manera que haga bulto y que...

—Ya comprendo.

Saldaña empezó á dictar, inquiriendo el precio de cada efecto y haciendo á la vez un apunte en su cartera. Después de dictar muchas partidas, Saldaña creyó que la concurrencia tendría lo suficiente.

Volvió á tomar otro *vol-au-vent*, una rebanada de pan con jamón y pidió cognac.

Siempre que Saldaña hacía un negocio con don Quintín tomaba *lunch* doble.

